

LA POESIA DE CARLOS OQUENDO DE AMAT

PANORAMA DE LA POESIA PERUANA ACTUAL

SOLO un documento nos ha dejado este noble pasajero de la poesía que estuvo entre nosotros con endeble apariencia de fino esteta y ángel rebelado. Lúcido y delicado, recogido y frágil como lo evoca Enrique Peña, fue en su tránsito repentino, silencioso y fugaz:

Oquendo, Oquendo, Oquendo, tan pálido, tan triste, tan débil que hasta el peso de una flor te rendía!
Tu ternura nos pinta sobre el marfil del cielo, con pinceles de chino, palomas, golondrinas!

Esos sus "Cinco metros de poemas", primero y último libro por capricho de prematura fuga, — y uno que otro poema publicado en "Amauta", — son todo lo que nos queda de este pálido y heroico transeúnte. Son aquéllos como debió de ser en vida su autor, cinco metros de ferviente y profundísimo sentimiento, velado a veces por el artificio que no era otra cosa que su adhesión entusiasta a la vuelta literaria que, aguda y penetrante, nos llegaba y que caracterizó esa época de juvenil alborozo a intensa libertad en el espíritu. Fue el esguince tipográfico "gesto de la palabra", además de aquello que escapa al rigor de la grafía y el fonema, de esa entelequia soterraña que fluye inmersa en la arteria íntima del poema y que constituye su alma. "Aunque (con el graficismo literario) no se hubiera logrado nada — se ha justificado con cabal acierto — bastaba para respetarlo, el intento de enriquecer, con un nuevo vehículo o instrumento, la expresión estética". Oquendo pertenece a nuestra madrugada intelectual y a generación dispar pero de alta significación que nace por virtud de la tarea aguantada y se comporta, en labor inmejorable, a distancia de la gárrula y oficial estridencia modernista. Devoción al menudo cazador de figuras que se hará tema de bello poema último:

voz de ángel rosa recién cortada
piel de rosa un ángel mirando el mar
crece el brazo de una rosa por eso
una estrella niña flora
ya encontré tu flor ayer mirabas
demasiado el parque
el niño cree que la cebra es un animal
la cebra es un jabón vegetal
y la rosa es un botón de nácar
o una golondrina pintada en el mar
al ángel solo.

por Sebastián Salazar Bondy

Carlos Oquendo de Amat tuvo un alma de simplísima tesitura, de perenne y purísima humildad, y con ella acudió a lo nimio para elevarlo a la altura de lo bello por gracia de recónditos menesteres estéticos. Su libro, por eso, se abrirá como quien monda pequeño fruto y, en él, sus imágenes serán labradas en materias de su modesta heredad campesina, en delicado arte y sobrio quehacer. Todo lo trocará, según sus palabras, por ríos bondadosos y cielos palpables; todo, para él, tendrá un levisimo gesto de humor y el signo de la intimidad y el recato cotidianos. Podría haber dicho a Dios con verso de Rilke: "Soy demasiado débil en el mundo y sin embargo, no bastante humilde".

Hállase a sí mismo en un mundo especular que trata y retrata su imagen en infinita y continuada corriente. Su estática manera, bajo una vacía totalidad que lo envuelve, recibe el tiempo que golpea insistentemente su apartado estar. Desde aquel incierto paraje lo verá todo y su bóveda de cristal, azogue y plata repetirá la larga cuesta ilimitada que adelante se extiende y el reciente, penoso y efímero camino realizado:

¿Dónde estará la puerta? ¿Dónde
estará la puerta?
y siempre nos damos de bruces
Con los espejos de la vida
Con los espejos de la muerte.
Eterna juventud vejez Eterna.
Ser siempre el mismo espejo que le
damos la vuelta
se agitan las manos amarillas
y se pierden las otras manos
y en este todo—nada de espejos
ser de Madera
y sentir en lo negro
hachazos del tiempo.

Así el poeta es madero, leño donde ya no bulle la sangre impetuosa y ardida que fluya en sus delgadas venas dormidas; tenor, también, de dejar de ser o ser lo breve y fugitivo, lo rauda y perecedero:

Tuve miedo
y me regresé de la locura
Tuve miedo de ser
una rueda
un color
un paso

El poeta viene de la provincia y trae paisaje, naturaleza y vida,

que identifica, en exaltada recreación, con los sujetos amados. La mujer será así "mapa de música, claro de río, fiesta de fruta" y armonía simple, música de leves tonalidades, el nombre de su madre. La naturaleza en su humilde carácter pluvial o en su vegetal lozanía le darán color y forma para transfigurar el recuerdo de la amada:

Y yo regaba la rosa de tu cabellera
sobre tus hombros
y por eso y por la magnolia de
tu canto
que pena
la lluvia cae desigual como tu
nombre

Yo sé que estás esperándome detrás
de la lluvia
y eres más que tu delantal y tu
libro de letras
eres una sorpresa perenne
dentro de la Rosa del día.

Su amor es velado deseo — "junto a ti mi deseo es como un niño de leche" — cuya pureza no enturbian ni el desenfreno erótico ni el regocijo que crece en elogios de encendido fervor. Todo en ella está aprehendido al natural frescor del campo, a albuza matinal y limpia. La parca palabra del poeta se acerca con medida ternura a lo inmaterial que de la mujer querida nace, siempre dentro de ese rico escenario de égloga novísima:

Déjame que bese tu voz
Tu voz
que canta en todas las ramas de la
mañana

Por sembrar un beso
bajo la alta palmera de una frase
tuya
bella
jardinera de mi beso.

Así nos habla Oquendo del amor. El hogar, y en él la madre dulce, meta total y confin cierto adonde vuelve al cabo del trajín el exhausto pie del hijo, descendiendo a su poesía como óleo y armonía, como reposada canción, como prima palabra de terso consuelo y último refugio. "Es dulce, rendido, a medias a los pies de tu madre sentada. — dice Andre Gide al hijo pródigo — la frente en sus rodillas, sentir su mano cariñosa acariciar tu nuca rebelde". Oquendo recoge

el fúido recuerdo que viene rodando, en penosa y densa desenvoltura, por rada dificultosa, hacia su noble frente de insurrecto:

Tu nombre viene lento como las
músicas humildes
y de tus manos vuelan palomas
blancas.

Mi recuerdo te viste siempre de
blanco

como un recreo de niños que los
hombres miran desde aquí distante.
Un cielo muere en tus brazos y
otro nace en tu ternura.

A tu lado el cariño se abre como
una flor cuando pienso.

Entre ti y el horizonte
mi palabra está primitiva como la
lluvia o como los himnos.
Porque ante ti callan las rosas y
la canción.

Pero, a pesar del arraigo a lo suyo, tiene un secreto, íntimo y escondido impulso hacia los lejanos horizontes que separa el blando y eterno camino del mar; hacia los lugares populosos y cosmopitas donde la multitud y el fragor urbanos se levantan enormes sobre el suelo y donde la lógica resbala y pierde su severa seguridad, donde "nada se sabe de nada". En estos poemas se desboca el gesto gráfico y las palabras se someten a caprichosas gesticulaciones con el fin de imprimir a todo el poema el nervioso y frenético afán de los puertos.

Ellos son Amberes, donde

Los curiosos leen en sus ojos paisajes de América
y el puma que abraza a los indios
con sus botas

y New York, en el que

Los árboles pronto romperán sus
amarras
y son ramos de flores todos los
policías.

Como Rimbaud, el adolescente, hecha aquí su jornada, aspiró a otras tierras para poder decir como él: "El aire marino quemará mis pulmones, me tostarán los perdidos climas".

Pasó Carlos Oquendo de Amat advertido entre tantos, desconcertado y sorprendente, y, herido ya, fué a España a morir cuando en el tiempo se daba el límite de la paz. Vayamos en suspenso a su poesía escuchando su apagada voz que nos advierte:

Tómame como las violetas
abiertas en flor.